

negación del mal, sino entre todos los extremos absolutos.

El bien realizado sucesivamente, aunque siempre incompleto y con posibilidad de mal, es la única paz que consiente la vida.

La paz no implica sólo armonía cuantitativa, sino más bien armonía cualitativa, y sobre todo funcional.

Pecado, derivación latina. — Contravención voluntaria á la ley moral.

No puede el hombre hacer siempre el bien; pero sí puede no querer el mal.

Sin embargo, no hay duda que en algún caso, hasta el no querer un mal puede ser otro mal, y entonces no queda más recurso que querer, ya que no el mayor bien, el menor mal.

El que no halla móviles bastantes en sus funciones reflexivas, se abandona á la inspiración, ó sea á la espontaneidad del sentimiento. El que peca por sentimiento, con ausencia de la reflexión, siempre responde de lo que hace; pero con responsabilidad atenuada y menos grave.

Pecho, del latín *pectus*. — Cavidad visceral del organismo animal, que corresponde al centro circulatorio y á la respiración.

Después de la circulación directa con la exterioridad, que se efectúa mediante las funciones encomendadas en el vegetal á su corteza, hay un grado superior, el del animal, que ofrece ya cuatro circulaciones: 1.^a, con la exterioridad sólida ó líquida (función digestiva); 2.^a, otra interior de la sangre desde el corazón, situado en el pecho á todos los puntos de su organismo; 3.^a, otra con la exterioridad gaseosa, mediante el pulmón situado también en el pecho; y 4.^a, otra

del sentimiento y el movimiento, localizada en el sistema nervioso.

El hombre es el grado superior en la escala de la vida; porque en él se realiza la función más elevada: la de circular desde lo humano á lo divino, desde el saber al ignorar; respirando esta vez el ambiente ideal del coeficiente indefinido, que se simboliza humanamente con la máxima excelcitud que al hombre mismo es dado formular.

Pedir, del latín *petere*. — Procurar, mediante el auxilio ajeno, el cumplimiento de aquello que no podemos cumplir por nosotros mismos.

Por eso, según el conocido adagio, pedimos á menudo á Dios; y procede lo hagamos, después de convencidos de que no llegan nuestras fuerzas á la altura de lo que pedimos.

Hay *peticiones* necesarias en absoluto y son precisamente las de un extremo, absoluto ó no, reclamando otro extremo correlativo, y ambos un término medio. La petición tipo de todas las peticiones es la de la RE-TACIÓN.

Pedro, de España, filósofo del siglo XIII, que llegó á ser Papa con el nombre de Juan XXI, y escribió un *Manual de Lógica*, muy celebrado en aquel tiempo y difundido en las escuelas del mundo civilizado.

Pelo, del griego *pilos*. — Vegetación que nace en el límite entre el ser viviente y el mundo que le rodea, sirviéndole de intermedio y de resguardo contra algunas agresiones venidas de fuera.

Así como la raíz es en el vegetal el término medio que le comunica con la tierra, el pelo es el término medio que comunica á muchos seres vivos con el ambiente que los rodea.

El hombre tiene su cabellera en la

cabeza erguida sobre su cuerpo, encaminándose al cielo más que á la tierra, flotando en el aire, el más indefinido de los elementos terrestres.

La cabellera de la mujer, en fuerza de su crecimiento, propende á volver desde el cielo á la tierra, á reintegrar á ésta de la excesiva desnudez de las alturas supremas del globo que habitamos.

Pena, del griego *poine*. — Mal que debe imponerse al que obra mal, con arreglo á la ley moral.

Si la ley moral *debe* ser cumplida mediante la práctica del bien, deberá también cumplirse mediante la abolición del mal.

Una vez definido ó hecho un mal, no cabe deshacerle; pero se puede hacer algo, que suprima sus consecuencias y su reproducción en lo sucesivo. Esta es la pena que se impone al agente y á su obra.

Indemnizar los daños inferidos no es fácil siempre; pero aun es más difícil aplicar los preceptos de la higiene, la medicina y la cirugía á la curación de las enfermedades del espíritu.

Otro sentido tiene la palabra pena, al parecer, disconforme con el anterior; cual es el de aflicción, sentimiento más ó menos doloroso. Mas se halla la conformidad, advirtiendo que en unos casos la aflicción y el dolor se imponen como castigo legal, y en otros los impone indiferentemente el curso de los acontecimientos de la vida.

Péndulo, del latín *pendulus*, colgante. — Mecanismo para medir el tiempo.

Mídese el tiempo mediante el movimiento, término medio entre el espacio y él.

La medida es exacta en este caso

porque la función es simplemente cuantitativa, y se la supone idéntica en general, al través de las diferencias accidentales que la modifican.

No hay péndulo posible para la vida en cualquiera de sus modos; porque habría que constituirle con un elemento cualitativo, ajeno siempre á la exactitud cuantitativa, y contando además en la práctica con la espontaneidad del coeficiente indefinido.

El péndulo no es más que un cuerpo, análogo al que marcha con movimiento uniforme sobre una superficie.

Penetración, del latín *penitus*, interior, *penetrare*. — Ha sido objeto de controversia en filosofía la *impenetrabilidad* de la materia.

De igual modo cabe preguntar cómo penetra el pensamiento.

Supónese la materia como algo positivo, que no puede sin contradicción negarse á sí propio, dejando un vacío donde se pueda penetrar.

Si la materia es el lleno, claro está que el vacío le repugne, y es contradictorio afirmar al propio tiempo un lleno y un vacío.

La consideración de la *relatividad* de todas las cosas impide asentar un lleno *absoluto*, y así se resuelve la cuestión de la impenetrabilidad.

Pensamiento, del latín *pendere*, pesar. — Una de tantas funciones del hombre; pero función suprema, que sirve de *tipo* á todos los sucesos, y por consiguiente á las leyes y fenómenos, que en el orden práctico se relacionan entre sí correlativamente con la unidad característica del sujeto pensante.

Como ha de servir de tipo, y no tiene otro tipo á que referirse, el pensamiento ha de comenzar por estudiarse á sí propio, apoderándose de su

figura (forma) en un momento dado, sin olvidar que su *forma* ha de retratar un momento sólo de su *formación*, ó sea de la función que envuelve todas sus formas posibles.

Cualquiera de estas formas constituirá una *teoría*, si se la considera aceptable; un *cuadro reflejo*, en que aparezcan inmóviles las figuras móviles, en él retratadas con todo el *color* posible para darlas animación; pero cuadro inánimado al fin, y parecido al cadáver; pródigo en elementos anatómicos, sugestivos de práctica correlativa, sin que por eso deje de distinguirse de esta práctica como lo vivo de lo muerto.

Relacionar todos los elementos que figuran en el pensamiento, dentro y fuera de la función de formar el *tipo* de funciones subordinadas, es la incumbencia de la filosofía.

Se relaciona todo identificando, sin perjuicio de la distinción, y viceversa.

Así se coloca en su lugar correspondiente, y se llega á dar su justo valor, al sentimiento y la reflexión; á la tarea de coordinar imágenes externas, y á la de coordinar imágenes internas, que se llama imaginación; á los fenómenos externos, á las leyes de la razón, á los límites necesarios de la función de pensar, á la acción y la pasión, y á todo, en fin, lo conocido y cognoscible que cae bajo el dominio de ese legislador supremo de cuanto alcanza la humanidad: el pensamiento.

¿Por dónde comenzar tanta tarea?

Por el reconocimiento de los límites del terreno que se nos asigna en teoría, y de las fuerzas que se nos otorgan en la práctica. ¿No es ésta acaso la primera atención del propietario que va á hacer de su propiedad el mejor uso posible?

Los límites del pensamiento, ó sea de la razón, que con ambos y otros diversos nombres se ha designado el conjunto de muchos elementos, siempre empeñados en la función común de relacionarse mutuamente; los límites del que piensa á la par de lo pensado, son dos polos: uno *definido* merced al pensamiento mismo, pero no en absoluto como él quiere ser; y otro *indefinido* enfrente del definido, que á su vez no acaba nunca de aparecer indefinido, mientras *dura* ó se *supone* la función de pensar.

Siendo estos polos imposibles, implican la necesidad de que entre ellos se cobijen todos los fenómenos, leyes y funciones posibles; hasta la función más elevada posible, que es la de vivir bajo una ó más de las tres formas de que es solidario el hombre, y tipo en el hombre mismo, la función de pensar.

Pensamiento viviente.—El pensamiento viviente es un organismo, tan complicado que parece á primera vista un *laberinto*. En la práctica nada más claro y elemental.

Se siente y reconoce á sí propio en todas partes: ningún pensante duda de que piensa, y esto sólo le basta para *relacionar*, hilvanar bien sus pensamientos. A medida que adelante en este terreno, se desvanecerán por sí solas muchas dudas acerca de la salida posible del laberinto.

La duda ha barrido tres veces en la historia el campo filosófico.

Su último representante fué Kant, quien, comenzando por ella, alcanzó á dejar limpias las leyes y el imperativo categórico.

Completémosle dejando limpias las funciones en el tipo del pensamiento; y tendremos en la mano el hilo neces-

sario para todas las salidas del laberinto: *la ciencia viviente*.

Pensar, del latín *pendere*, pesar. —Función viviente que, sin llamarla así, describe Renouvier en estos términos (1):

«Al cabo de siglos de renovación, de independencia, después de entronizado un método nuevo en la época de Descartes y en la de Kant ¿no somos todavía humildes comentadores de los siglos precedentes? ¿Hasta dónde no llegan nuestros estudios? ¿Hasta dónde no retrogradan nuestra admiración, y aun á veces nuestras tentativas de *renacimiento*? Cada *mayor edad* de la inteligencia humana se adjudica la función de reconstituir de nuevo y de elaborar los pensamientos de los muertos; de rehacer los monumentos de los siglos pasados, y de construir nuevos templos con piedras tomadas de antiguas ruinas. Grande es la prerrogativa, al hombre concedida, de vivir en lo pasado. Ya que es una misma la base de todas las inteligencias, y que todos participamos de una razón común, bien está, sin duda, que otorguemos nuestras simpatías á las emociones procedentes de épocas pasadas, y exhalamos nuestro entusiasmo por los grandes recuerdos. Sentir y pensar en todos los tiempos es un bien divino, puesto que nos recuerda, aunque en débil grado, esa Divina providencia, para la cual se cruzan en lo presente, lo pasado y lo porvenir. Es sin duda peligroso para nosotros, el estudiar la historia, sentir en nuestra alma el principio de cada acción, la razón de cada pensamiento; es peligroso tener devoción á todos los cul-

(1) Renouvier: *Manuel de philosophie ancienne*.

tos, y ejercitarse en encontrar el bien en el mal y excusas para el crimen. Pero disminuye este peligro para el hombre, á medida que adelanta en el saber y en la caridad. Halla éste ante sus pasos un precipicio que la espanta; pero ya desde lejos le mide su vista con calma y le sondea hasta el fondo. Cuanto más se acerca su inteligencia, á la inteligencia divina, más aprende á conocer el mal, sin que mancille su pureza; y por decirlo así, á experimentar sin decaer. Alégrase ó se aflige fuera de sí, sin cesar de hallarse en sí inmóvil y serena. Lo que entonces contempla es la naturaleza y la humanidad, en su principio y en su causa. ¿Cómo había de perturbarla la visión limitada á una de las partes de tan vasto conjunto, á ella que todas las comprende y las ordena?»

Tan bello comentario de Renouvier no pierde nada con ser conocido como una inspiración anticipada de la *ciencia viviente*. El *sentimiento* que mueve al autor á expresarse de este modo, y la *reflexión* que le consolida con el estudio de la vida, como *tipo* genérico de todo ser vivo y *antitipo* de lo no vivo, se sirven de recíproca satisfacción; y constituyen cuanto puede hacerse humanamente respecto de este punto.

El pensamiento viviente es el que se expresa como dice Renouvier. Circula sobre sí mismo, sin dejar de circular; se confecciona la teoría; y la teoría confeccionada pone el sello de legitimidad á la práctica misma, que reconoce y venera como madre, de cuyas entrañas nace y á las cuales vuelve para renacer mientras Dios quiere.

Pensión, del latín *pensio*, pago ó peso.—La cantidad que se asigna

para pagar lo que se vaya debiendo.

Da en qué *pensar* la analogía fonética entre *pensión* y *pensar*.

Desde luego se echa de ver analogía de concepto entre *pensión*, que es un peso ideal para el que ha de pagarla; y *pensar*, que es forma de *pesar* los datos del entendimiento.

La reflexión es para el sentimiento humano á manera de peso, que detiene sus ímpetus y les facilita el pago de la ley moral.

Penumbra, del latín *pæne*, casi, y *umbra*, sombra.—Término medio entre la luz y la sombra, reproducción atenuada de la una y de la otra.

Puede decirse que la vida es una penumbra, interpuesta entre la sombra de lo definido y la luz de lo indefinido; afirmación y negación á un tiempo de ambos polos.

La penumbra es lo particular, interpuesto entre lo puramente definido y lo puramente indefinido (blanco y negro) para ponerlos en comunicación, mediante *grados*, tan inasignables en un sentido como en otro, si se los considera en absoluto. Parte luz y parte sombra, es una *intensión* de luz continuamente variada; como la curva es una *extensión*, variada también continuamente.

La curva y la penumbra son igualmente símbolos de la vida por la participación en lo definido y lo indefinido, inherente á su totalidad y á cada una de sus partes.

Peor, del latín *pejor*.—Mayor cantidad de relación con el mal.

Así como nada puede ser mejor que todo lo bueno real ó imaginable, nada puede ser peor que todo lo malo posible.

Lo mejor y lo peor no pueden asignarse en absoluto, sino siempre

en relación con el individuo en quien recaen.

Lo peor para el individuo es la muerte; pero aun suponiendo que fuera ésta absoluta para el individuo en un momento determinado, no se la podría llamar mejor ó peor para el individuo mismo, en otro momento determinable del porvenir inmanente en toda representación actual.

Percepción, *per*, por, *cepcción*, función de coger.—Elemento general de la función de sentir; idealización de la impresión.

Los cuerpos exteriores son causas modificadoras del ser organizado. Una vez hecha la modificación interviniendo en ella la espontaneidad orgánica, cabe una segunda modificación, representada esta vez en el estadio infenomenal (subjetivo). Esta segunda modificación, relacionada con lo indefinido, es la percepción reveladora de la impresión correlativa. La sensación unifica los dos términos impresión y percepción.

Perdonar, *per*, por, *donar*, dar.—Eximir de pena al que la ha merecido por haber obrado mal.

La ley general del bien (Dios misericordioso) perdona á menudo á los malos sobre todo cuando se arrepienten. Los representantes de la ley, así social como individual, no pueden perdonar arbitrariamente. Cuando es posible el perdón, cabe otorgarle en aquellos casos en que se hace con él un bien superior á la ejecución de la pena impuesta.

Esto es en cuanto al ejercicio externo de la función de perdonar: el ejercicio interno es otra cosa.

En la conciencia Dios impone el deber de perdonar á los pecadores, entre otros motivos porque nadie á su vez se siente sin pecado. Aun ab-

suelos ya del pecado original, todos pecamos nuevamente, al menos por omisión, puesto que la confección del bien absoluto no es de este mundo.

Hay además, para perdonar á los demás, la consideración de que nadie es tan malo que no tenga algo bueno, y que esto bueno puede hacerse mejor en lo sucesivo. Por encima de todo está la ley, que nos manda ser buenos; y nadie es bastante bueno si actúa con malevolencia ó si piensa siquiera arbitrariamente mal del prójimo en cualquier sentido, y sobre todo en el moral.

Perecedero, del latín *perire*.—El que se puede ir definitivamente.

Se dice que los seres vivos son perecederos. Los no vivos no perecen más que en la forma: la materia se supone impercedera.

La materia que *para nosotros* es objetiva, no puede concebirla el sujeto sino como relativa á sí mismo, y por lo tanto, no menos perecedera que él. En este sentido, perecedero es el fenómeno exterior, con y para el individuo que le siente; perecedero es también el fenómeno interior ó llámese idea.

Ser perecedero significa posibilidad, y sólo posibilidad de perecer. Puede, pues, lo perecedero perecer ó no.

El fenómeno tiene sólo á su favor esta posibilidad de no perecer. La ley tiene además á su favor el aditamento de que no DEBE perecer. Esta ventaja en el *debe* la tiene á su favor el pensamiento humano, como representante de la ley moral *consciente* de su propia vida.

Perecer, del griego *peráō*, yo atravieso.—Caer la función en el polo de lo indefinido.

Sólo perecen durante la vida hu-

mana funciones particulares; porque la función en general, interpuesta entre polos absolutos, no podría perecer sin arrastrarlo todo, haciéndolo caer en el fondo obscuro de la ignorancia y del no ser.

Peregrino, del latín *per*, por, y *ager*, campo.—Lo es todo hombre en el mundo; ¿quién no es judío errante corriendo en pos de un ideal que nunca alcanza? Sólo cuando morimos, se nos abren las puertas del santuario de la eternidad, ó sea de lo indefinido como tiempo; de lo futuro.

Perenne, del latín *perennis*, por años.—No lo que dura un año, sino lo que dura más que todo año, la eternidad.

Vese aquí el círculo vicioso, tan reproducido en el lenguaje filosófico: si se preguntara qué es eternidad, se contestaría lo que dura siempre: no saldríamos de aquí. Perenne se llama á lo que dura *mucho*, como caduco á lo que dura *poco*.

Pereza, del griego *páresis*, privación de movimiento. Grave defecto en quien se propone algún bien.

Cuanto más tarde se hace el bien, tanto menos se vive con salud.

La vida entera es trabajo para idealizar lo real y realizar lo ideal; y al impedir el trabajo la pereza impide vivir.

La pereza, como resistencia pasiva al acto, recae sobre todo en la realización; la ideación, como espontánea que es, se sobrepone á menudo á toda pereza, y aun suele aprovecharse de ella.

Perfección, del latín *per*, insistencia, y *facere*, hacer.—Función eminente: ideal quimérico inasequible.

Las perfecciones aseguibles son relativas y convencionales.

En vano se intentará alcanzar la

perfección en el fenómeno (estética), en la ley (moral) ó en ciencia abstracta de funciones en general (filosofía).

La perfección filosófica nos está aún más vedada que otras perfecciones; porque es la perfección funcional y relativamente sintética enfrente de las demás.

Consistiendo la función en hacer bajo una forma (ideal ó real, abstracta ó concreta) lo que se deshace correlativamente en otra forma, no puede menos de extinguirse, en cuanto le falta uno de los dos extremos; y como la perfección en hacer supone la falta del deshacer ó sea de la negación correlativa, claro está que con ella se suprime la vida misma que se quería perfeccionar.

Periandro, uno de los siete sabios de Grecia, que fué también *tirano de Corinto*.

Es de suponer que su tiranía nada tendría de común con el modo de gobernar que hoy se distingue con esa palabra.

Los sabios griegos propendían por el contrario á abolir esa tiranía; así llamada para distinguir un gobierno personal del gobierno electivo y libremente confiado á un ciudadano por el voto de los demás.

Periodo, del griego *peri*, en torno, y *hódos*, camino.—Tiempo en que se produce ó reproduce una función.

Todas las funciones vivientes son periódicas. La vida de cada ser es un periodo, que realiza prácticamente la idea de la vida en general.

Dentro del periodo de la vida total de cada ser humano, se reproducen los días y las noches, el sueño y la vigilia, la digestión, los latidos de la función circulatoria, los movimientos de la respiración, todo aquello que se hace por *costumbre*.

¿Qué tiene, pues, de extraño que las enfermedades orgánicas sean á menudo periódicas, y que casi todas tengan recargos y remisiones periódicas? Lo extraño sería que no los tuvieran.

También los modos domésticos (modas) y sociales (costumbres públicas) suelen tener sus periodos de varia duración, que se reproducen bajo diversas formas.

Las series de periodos astronómicos son constantes y parecen invariables, salvas las contingencias inherentes á todo lo creado. Los periodos vivientes son, por el contrario, variables á menudo; imprevistos en su aparición, su duración y su reproducción.

La indefinición que afecta á lo viviente, y que sólo se define viviendo, origina esta diferencia.

Peripatético.—Se dió este nombre á los sectarios de Aristóteles, que se reunían en el Liceo.

Permanencia, del sánscrito *manas*, recuerdo constante.—Tesis indispensable para que se conciba antitéticamente la insubsistencia ó el cambio.

El cambio, transacción entre las paralelas contradictorias, estriba en la permanencia de estos mismos extremos contradictorios, que son su razón lógica (ó teórica), sin perjuicio de su insubsistencia (pelo á su vez contrario á todo, pelo permanente), que prescinda de la teórica rigidez, para iniciar la práctica correlativa con toda teoría.

La práctica brota continuamente de lo pasado y se evapora en lo porvenir. Si algo presente no permaneciera desde algún punto de vista, nada subsistiría como base del porvenir. Se nos figura que algo *pasaría*, mas no sabemos cómo.

Si la permanencia por sí sola es contradictoria, la insubsistencia por sí sola es inconcebible. De aquí la transacción continua, que aparece en un sentido como permanencia de la relación, y en otro, como cambio causado por la limitación de los extremos contrapuestos.

Lo definido y lo indefinido *permanecen* siempre en el pensamiento como *son*, mientras suponemos que no se *hace* el término medio completando la función.

Permiso, del latín *per*, por, y *mittere*, enviar.—Quien manda es el único que puede permitir ó no la contravención á lo mandado, y aun la realización de lo no mandado.

El libre pensamiento de cada individuo le permite permitir muchas cosas; pero como el permiso que tiene el mismo no es absoluto, sino muy limitado, le cumple examinar bien los límites dentro de los cuales puede y debe permitir.

Pero.—Adversario de cualquier solución.

No hay juicio ni cosa libremente determinable sin *pero*, porque no hay afirmación sin negación.

Quien se encierra en afirmaciones absolutas prescinda de los *peros*, que han de surgir de las indispensables relaciones.

Hay, pues, una rectificación, expresa ó sobreentendida, en todo lo que se dice ó escribe, y por consiguiente, quien no la supone no puede, ni dar expansión á sus pensamientos, ni interpretar los de los demás.

Perpetuo, del latín *per*, insubsistencia, y *petere*, aspirar.—Muchas cosas se llaman perpetuas y ninguna lo es en sentido riguroso. La perpetuidad es relativa, como lo son todas las cosas.

Aspirando el hombre á perpetuar su vida no sabe siquiera á lo que aspira. Su imaginación se abruma acumulando siglos sobre siglos, y acaba por estallar, quedándose en la pobreza de un tiempo *no definido*, de un tiempo que no *dura* porque no se realiza.

Persona, del latín *per*, por, *so*, en lugar de *se* (por sí) y el subfijo *na*.—El sujeto del pensamiento ó del sentimiento reflexivo. El que es *perse*.

¿Qué es la persona? Nada y todo. El no ser en general, siendo en particular unico, indivisible; indivisible ideal en relación negativa con todas las cosas positivas; que recibe en cambio de todas estas cosas un carácter positivo externo, así como él da carácter positivo interno al sentimiento de la afirmación de sí propio.

Es uso común contraponer las personas á las cosas, y en efecto, existe realmente tal contraposición. Respecto de las cosas objetivas, la persona es sujeto único. Respecto de sí propio, este sujeto es objeto de sí mismo.

Lo indefinido es la unidad. No puede ser más que uno *en relación* con la multitud de definidos posibles. La persona representante del uno, de lo indefinido, que se define *per se*, no puede menos de contraponerse á la multitud representada: ella ha de ser función de *uno* y *otro* elemento: una totalidad relativa. Tal es la persona humana: representante como una, representada como dos: idéntica á sí misma, considerada en absoluto; ella misma y otra, considerada en relación. Así se caracteriza la persona *numéricamente per se*.

Por igual procedimiento que se caracteriza la persona en la función numérica, se caracteriza en las demás funciones categóricas.

Es una totalidad relativa de extensión de calidad, de tiempo, de cambio, de causas y de fines.

El lazo de unión entre las funciones representadas y las representativas está en la persona, centro común donde confluye lo indefinido, limitante de todo lo definido y limitado á su vez.

El límite personal subsiste más que ningún otro límite, porque es lo universal en relación indispensable para todo; es el mismo polo de lo indefinido al transigir con lo definido en la función viviente.

El original de la persona representante (coeficiente indefinido) y el universo representado, son los dos polos extremos de la vida del individuo. El fondo insondable que sepulta á la par representante y representado, es la representación de lo imposible para toda inteligencia humana.

Pertenecer, del latín *per* y *tinere*, tener. — Tener, poseer con derecho ó en conformidad con la ley establecida.

Pertenecen al individuo: en primer lugar su pensamiento, sus sentimientos, su vida vegetativa, su cuerpo; y además lo que fuera de él haya relacionado especialmente con él, en conformidad con la ley social.

Tantas pertenencias crecen en grados de pertenencia; empezando por lo que se llama bienes de fortuna exteriores y allegadizos y acabando por el pensamiento.

El pensamiento en su mayor pureza es el que pertenece más al hombre, y todavía tiene deberes y responsabilidades que le encadenan, y sobre todos los deberes y responsabilidades, el deber de humillarse ante la voluntad de Dios.

Pertinente, del latín *pertinens*. — Lo que forma parte de un todo.

Se aplica la palabra pertinente relacionándola con un todo armónico.

Pertinente es el pensamiento que viene á propósito para resolver una cuestión.

Impertinentes las ideas que ofuscan la claridad de un buen orden de relación entre los datos de la conciencia reflexiva.

Perturbación, del latín *perturbare*. — Proceder contra el orden y concierto de las cosas.

Hacer en general un daño grave ó leve. Más bien se entiende leve.

Sin embargo, nada más grave que la perturbación moral ó religiosa.

He aquí la contestación que puede darse á aquel á quien el aprendizaje de la ciencia sugiere escrúpulos religiosos.

«Has probado la fruta del árbol del Paraíso y el demonio de la duda ha entrado en tu pensamiento. Era inevitable, si no querías permanecer en el estado de inocencia.

«Pero el estado de inocencia se parece mucho al del pajarito que canta en la enramada. Para vivir como pajarito se le puede apetecer. Para vivir como hombre no se le puede conservar.

«En este conflicto el consuelo es que la misma ciencia que con una mano da el veneno, con otra ofrece la triaca.

«La triaca es saber que nada se sabe de cierto; que todo viene á parar al *Credo*. Creo en lo que está fuera de mí al alcance de mis sentidos, y creo también en lo que está dentro de mí al alcance de mi sentido íntimo. Ambos sentidos me llevan en la dirección de la estrella de los reyes magos; en la dirección del *bien*. Obedezcamos á ambos, puesto que se unifican y conforman así».

Aunque el punto de arribada para la contestación al escrúpulo es uno, los caminos son dos. Todavía cabe la elección de camino.

Los caminos son: el de la religión (creer puro), el de la ciencia (dudar puro) Creyendo y dudando se vive; pero entre tanto *se debe creer en lo mejor*.

¿Qué será mejor que creer en la moral humana y en el *Evangelio cristiano*? Ambos están de acuerdo; no hay la menor discrepancia.

Creamos, pues, y entre creer en este mundo perecedero, que tan á menudo nos engaña, sin fiarnos en que lo ven nuestros ojos y lo palpan nuestras manos, porque también nos pueden engañar nuestras manos y nuestros ojos, y nos engañan siempre más de lo que se piensa; fiemos más bien en la creencia de ese ideal luminoso que nos ofrece un Dios y la inmortalidad del alma.

El alma inmortal vivirá á solas con su conciencia; pero allí encontrará el cielo quien se encuentre á sí propio bueno; y el infierno quien se encuentre á sí propio malo y entregado á martirizador remordimiento.

En conclusión para el escrupuloso: «No sé si esto que te digo bastará para tranquilizarte. Si no te basta, sigue estudiando, que en el estudio creo que hallarás toda la satisfacción que puedas apetecer».

Pescar, del latín *piscari*. — Es de notar que en cada uno de los elementos del orden terrestre, consignados instintivamente por los primeros pensadores, vive y se regenera un orden de seres vivos. Sólo en el fuego no vive ni ha vivido más que la fabulosa salamandra.

Ni aun los microbios, tan estudiados hoy, resisten al fuego. El fuego

es la destrucción de lo viviente, el armá terrible de lo inorgánico; el privilegio que más decididamente garantiza la intervención de este orden inorgánico en el orden universal.

Si no se destruyera el ser vivo por el mismo orden cósmico que contribuye á su generación, llegaría á absorberlo todo, y á fuerza de vivir no podría vivir más, es decir, que no se concibe el ser viviendo, sino dentro de límites entre los cuales gire su misma vida.

Pesimismo, del latín *pesimus*. — Determinación sistemática de sentir siempre lo peor.

¿Por qué caer en tal extremo y no caer en el opuesto? Tanto valdría lo uno como lo otro.

Caiga el que guste en cualquiera de ellos. Por mi parte — dice el que es prudente — me inclinaré al optimismo sin caer del todo en él.

Procuraré guardar aquel *equilibrio*, que es todo lo posible en la *carrera* de la vida.

Dada la inestabilidad del que *anda* por el mundo, su único recurso es guardar un *equilibrio* inestable.

Peso, del latín *pendere*, colgar, pesar. — Medida de la fuerza de gravitación de un cuerpo.

La fuerza gravitativa de los cuerpos, dentro de la esfera de acción de nuestro planeta, no es sino un caso particular de la función llamada gravitación universal.

Tanto la función gravitación, como el caso particular gravedad, se llaman fuerzas; pero estas fuerzas, relativamente á las representadas en el polo negativo usufructuado por la vida son fuerzas pasivas. Son lo que en dicho polo negativo toma el nombre de pasiones. Los seres no vivos participan de ambos órdenes de fuerzas activas